

SANDOR FERENCZI Y EL NACIMIENTO DE LA TEORÍA DE LAS RELACIONES OBJETALES¹

Juan Tubert-Oklander²

Si pasamos revista a la literatura psicoanalítica reciente, no podremos evitar una inquietante conclusión: los miembros de la comunidad psicoanalítica internacional nos encontramos divididos por un desacuerdo fundamental respecto de la naturaleza de nuestra disciplina. Lo mismo puede observarse en los congresos psicoanalíticos, sean ellos locales, regionales o internacionales, y en los entusiastas intercambios que se dan en el Grupo de Discusión en Internet del *International Journal of Psycho-Analysis*. ¿Y cuál es el parte aguas de esta controversia? Pues nada más, ni nada menos, que la ya clásica disputa entre los investigadores y los terapeutas.

Esta polémica no es nueva. Por lo contrario, viene dándose desde los orígenes del psicoanálisis. Ferenczi y Rank lo señalaron claramente en su libro de 1922 sobre *El desarrollo del psicoanálisis*, al hablar de “El efecto recíproco de la teoría y la práctica”. Allí nos dicen que:

El análisis ha presentado, desde sus comienzos, dos aspectos bien diferentes que entran permanentemente en contacto, se superponen y entrecruzan, y todo depende del ángulo desde donde lo vemos. Si uno considera a la técnica analítica como un medio para encontrar nuevos hechos y conexiones psicológicas, es decir, para la investigación de la vida mental, podrá decir entonces que su valor terapéutico es puramente accidental. Si, por lo contrario, la ve desde el punto de vista de la terapia, los resultados científicos serían bienvenidos como un deseable subproducto [Ferenczi y Rank, 1922, pág. 46, mi traducción].

Estoy convencido de que éste fue uno de los puntos de desacuerdo que determinaron el conflicto entre Freud y Ferenczi. El creador del psicoanálisis mostró siempre un muy escaso interés por la terapia. Esta fue una práctica que asumió a regañadientes, tomándola como una fuente de trabajo y como una oportunidad novedosa y privilegiada para dedicarse a la investigación. Podríamos decir que, para él, la práctica psicoanalítica era fundamentalmente un medio que le permitía continuar desarrollando sus intereses científicos. Ferenczi, en cambio, era un apasionado de la terapia. Sus propios sufrimientos lo habían sensibilizado a los de sus pacientes, y es a partir de esta comprensión empática que orientó todas sus actividades terapéuticas. Esta divergencia no escapó a la atención de Freud, quien, en una carta fechada el 11 de enero de 1930, le dijo a su discípulo que estaba ‘fed up’ [harto] (usó la expresión inglesa) de los aspectos terapéuticos del psicoanálisis, por contraste con el *furor sanandi* de Ferenczi, su deseo de curar a toda costa” (Masson, 1984, pág. 235, mi traducción). Ferenczi, por su parte, es descrito por Balint en los siguientes términos:

Si tuviera que definir en una palabra lo que fue realmente nuestro maestro en su corazón, debiera decir que fue un médico en el mejor y más rico sentido de la palabra. [...] Lo único que podía mantener permanentemente su interés, y en lo que su inquieto espíritu podía hallar reposo, era ayudar, curar. [...] Su única meta, la cual jamás perdía de vista, era aliviar los sufrimientos de las personas mentalmente enfermas [Balint, 1933, pág. 235, mi traducción].

1.- Trabajo presentado en la Mesa Redonda sobre “La influencia de Ferenczi en el psicoanálisis contemporáneo”, en el Congreso Internacional “Ferenczi y el Psicoanálisis Contemporáneo”. Madrid, Asociación Psicoanalítica de Madrid y Sandor Ferenczi Society, 6 al 8 de marzo de 1998.

2.- Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica Mexicana.

Domicilio: Hidalgo 16-A, Colonia Tlalpan Centro, 14000 México, D. F., México.

Teléfono/Fax: +52 (5) 513-07-86

Correo electrónico: 76665.3711@compuserve.com

Esta diferencia de orientación repercutió, indudablemente, en la relación transferencial-contratransferencial que se estableció entre Ferenczi y Freud, con motivo del análisis del primero de ellos. La gran necesidad efectiva de Ferenczi no pudo encontrar la respuesta que buscaba en la austera personalidad de Freud, y esto lo dejó profundamente dolido, con las características de una depresión de transferencia (Martín- Cabré, 1997; Muñoz Guillén, 1996). Y, en la medida en que su relación con Freud continuó, no dejó de reprochárselo, tal como éste lo registra en “Análisis terminable e interminable” (Freud, 1937a) y, sobre todo, en una carta a Jones del 29 de mayo de 1933, en la cual describía la situación emocional de Ferenczi durante su enfermedad terminal.

En el centro estaba la convicción de que yo no lo amaba lo suficiente, de que no quería reconocer sus trabajos, y también de que lo había analizado mal. Sus innovaciones en la técnica se conectaban con esto, ya que quería mostrarme con cuánto amor debe uno tratar a sus pacientes para ayudarlos [Freud, 1933a, citado por Masson, 1984, pág. 181, mi traducción].

Los efectos a largo plazo de este análisis incompleto determinaron consecuencias trascendentes para el futuro del psicoanálisis. Por un lado, Ferenczi debió buscar en el análisis de sus pacientes aquello que había faltado en su relación con Freud. Sus incansables experimentos técnicos, sobre todo en el periodo de 1927 a 1932 (Ferenczi, 1927, 1928, 1929, 1930, 1931, 1933), constituían un intento de elaborar la herida emocional que le generara la falta de respuesta de Freud. Herida que sólo reavivaba los antiguos traumas derivados de su relación con su familia de origen. Así lo describe en una carta a Groddeck, del 25 de diciembre de 1921:

No cabe duda de que como niño recibí muy poco amor y demasiada severidad por parte de mi madre. [...] Los sentimientos y las caricias eran desconocidos en nuestra familia. Los sentimientos tales como un modesto respeto por los padres, etc., eran tanto más celosamente cultivados. A partir de una tal educación, ¿qué otra cosa podía resultar que no fuera hipocresía? Lo más importante era mantener las apariencias, para mantener ocultos los “malos hábitos”. En consecuencia, me volví un excelente estudiante y un masturbador secreto [Ferenczi, 1921, citado por Masson, 1984, pág. 183, mi traducción]. Esto era lo que el maestro no podía entender. La infancia de Freud, como hijo preferido de su madre, que albergaba un oculto desprecio hacia su padre, lo predispuso a la neurosis, pero nada en su experiencia le permitía comprender empáticamente la tragedia de un hijo no querido. Ferenczi, en cambio, la captaba perfectamente en sus pacientes, como lo demostró en su lúcido trabajo sobre “El niño no deseado y su instinto de muerte” (Ferenczi, 1931).

Freud, por su parte, reaccionó con irritación y enojo ante la traición de su discípulo, y esta nueva desilusión lo persiguió hasta el fin de sus días. De su propio intento de elaboración, hemos recibido esa joya que es “Análisis terminable e interminable” (1937 a). No hay duda de que su discusión con Ferenczi continuó por años después de la muerte de éste (Green, 1987; Martín-Cabré, 1997; Muñoz Guillén, 1996), y que a él también lo forzó a un muy creativo intento de elaboración de su intensa contratransferencia.

Este tipo de transformación elaborativa de los remanentes transferenciales-contratransferenciales en experimentación técnica e innovaciones teóricas, es frecuente en la historia del psicoanálisis. Winnicott (1947), por ejemplo, sostiene que “La investigación psicoanalítica es tal vez siempre, en alguna medida, un intento por parte del analista de llevar el trabajo de su propio análisis más allá del punto al que su propio analista pudo conducirlo” (pág. 196, mi traducción). Sus propios experimentos con la técnica psicoanalítica caían ciertamente en esta categoría. En una carta a Melanie Klein, del 17 de noviembre de 1952, Winnicott se refiere a “algo que no pude obtener en ninguno de mis dos largos análisis, aunque obtuve tantas cosas” (Rodman, 1987, pág. 89). Ese algo es una respuesta activa de reconocimiento ante un gesto suyo espontáneo y creativo, que obviamente no puede obtenerse de un analista que mantiene la actitud analítica tradicional de neutralidad y abstinencia.

Esta carta surgió de la respuesta (o la falta de respuesta) de Klein y su grupo frente a un trabajo presentado por Winnicott en la Sociedad Británica, ⁽³⁾ y la cita completa dice: Lo que yo quería el viernes era sin duda que hubiera habido algún movimiento de su parte en dirección al gesto que hago en este artículo. *Es un gesto creativo, y no puedo establecer ninguna relación a través de este gesto si no hay alguien que salga a su encuentro.* Pienso que yo quería algo que no tengo derecho a esperar de su grupo, y que realmente *tiene la naturaleza de un acto terapéutico* , algo que no pude obtener en ninguno de mis dos largos

3.- El trabajo en cuestión era “Angustia asociada con la inseguridad” (Winnicott, 1952a).

análisis, aunque obtuve tantas otras cosas. No hay duda de que mi crítica a la señora Riviere no sólo era una crítica sincera basada en la observación objetiva, sino que también estaba coloreada por el hecho de que *fue exactamente en este punto que su análisis falló conmigo* [Winnicott, 1952b, pág. 89, las itálicas son mías].

El reclamo se parece notablemente al que Ferenczi le hiciera a Freud. La diferencia es que Winnicott no pide amor, sino reconocimiento. En otras palabras, lo que le reprocha a Joan Riviere es no haberle permitido vivir con ella una regresión terapéutica -lo que Balint (1968) denomina una “regresión benigna, que apunta al reconocimiento”, y no una “regresión maligna, que apunta a la gratificación (pulsional)”. En términos de Kohut (1971, 1977, 1981, 1984), lo que pedía era una respuesta empática a una transferencia especular.

Pero el análisis de estos desacuerdos no puede quedarse en la comprensión indudablemente necesaria-del sustrato emocional de los mismos. Existen también divergencias teóricas y epistemológicas profundas que nos remiten a dos formas radicalmente diferentes de concebir la naturaleza humana y el tratamiento psicoanalítico. Una parte considerable de la dificultad que todos tenemos al abordar este problema, surge de la tendencia a personalizar las posiciones, que nos generan un conflicto de lealtades entre nuestras figuras ideales de identificación. Freud y Ferenczi tenían diferencias irreconciliables. ¿Deberemos entonces elegir a uno de ellos y romper con el otro? Una decisión semejante inevitablemente pondría en crisis nuestra identidad analítica, al impedir el logro de una síntesis armoniosa de nuestras identificaciones.

Esta situación emocional se parece notablemente al conflicto padecido por los hijos de padres divorciados que no han logrado poner fin a su discordia. Pero esto es precisamente lo que ocurrió. La comunidad psicoanalítica optó por Freud y rechazó masivamente a Ferenczi, llegando a renegar de su existencia. Así lo reconoce Balint (1968), al describir los efectos del conflicto:

El acontecimiento histórico del desacuerdo entre Freud y de Ferenczi actuó como un trauma sobre el mundo psicoanalítico [pág. 152]. [...] El impacto de este suceso fue tan doloroso que la primera reacción del movimiento analítico fue la negación y el silencio, que sólo se ha roto en los últimos años [pág. 149, mi traducción].

En este caso, la renegación no sólo se limitó a la persona y la obra de Ferenczi, sino que se extendió a todos aquellos temas potencialmente conflictivos que fueran objeto de su atención: la regresión, las experiencias traumáticas, la contratransferencia y los aspectos reales de la relación emocional que se da entre analista y analizado. Pero este tipo de operación defensiva siempre trae consecuencias nocivas. Las experiencias traumáticas renegadas por una generación son transmitidas en forma inmodificada a las generaciones subsiguientes; ésta es la esencia de lo que ahora conocemos como “trauma transgeneracional” (Hernández de Tubert, 1996). El resultado fue una brecha cada vez mayor entre la teoría y la práctica, y el surgimiento de ese curioso fenómeno defensivo que es la “ortodoxia psicoanalítica” (Bergmann, 1997).

Michael Balint, analizado, discípulo y amigo de Ferenczi, planteó la relación existente entre el impacto emocional de esta polémica y el surgimiento del “análisis clásico”:

[...] el impacto [del conflicto entre Freud y Ferenczi] resultó muy perturbador y extremadamente penoso. La primera reacción [del mundo analítico] fue un espantado retroceso. Por tácito consenso, se declaró que la regresión durante el tratamiento analítico era un síntoma peligroso y se reprimió completamente, o casi completamente, su valor como aliado terapéutico. Esto fue particularmente cierto para la actitud de lo que podríamos denominar el centro masivo “clásico” del psicoanálisis [Balint, 1968, pág. 153, mi traducción].

Martín-Cabré (1997) ha desarrollado aun más esta interesante hipótesis en los siguientes términos:

Puede suponerse que el aspecto inconsciente del trauma resultante de la controversia entre Ferenczi y Freud (Balint, 1968), fue “inyectado” en las mentes de los primeros analistas postfreudianos, y vegetó a través de sus vidas como un “transplante” inaccesible a la conciencia y a la simbolización, que fue posteriormente transmitido de generación en generación [Martín-Cabré, 1997, pág. 106, mi traducción].

Sin embargo, en la vida no puede simplemente negarse la existencia de un problema real, ya que éste reaparece una y otra vez, hasta ser finalmente reconocido. Así, cada una de las cuestiones polémicas planteadas por Ferenczi retornó en la obra de una serie de otros autores, tales como Balint, Fairbairn, Guntrip, Winnicott, Masud Khan, Kernberg y Kohut, entre otros. El conjunto de las aportaciones teóricas y técnicas de todos ellos pasó a conocerse con el nombre de “teoría de las relaciones objetales” (Tubert-Oklander, 1997a).

Tal vez la principal característica de este nuevo enfoque de la teoría y la técnica psicoanalíticas consistió en el rechazo de las hipótesis básicas de la teoría de las pulsiones. Estas son:

1) La única motivación interna de la experiencia y la conducta humanas es la operación de fuerzas impersonales -llamadas “pulsiones”- tendientes a la descarga de tensiones.

2) El objeto necesario para el logro de dicha descarga es también impersonal, sus características son indiferentes para los fines de la descarga pulsional, y el mismo es, por lo tanto, reemplazable (“el objeto [...] es lo más variable del instinto [pulsión]” [Freud, 1915, pág. 2042]).

3) La “fijación” de una pulsión a un objeto, por la cual se produce una ligazón íntima y estrecha entre ambos, poniendo fin a la movilidad de la pulsión, es un fenómeno secundario, que puede o no darse.

4) Los procesos, estructuras y funciones mentales surgen y operan fundamentalmente como consecuencia del interjuego conflictivo entre los deseos pulsionales y las defensas que se erigen en contra de ellos.

Desde esta perspectiva “clásica”, las interacciones reales que se dan entre el sujeto y el objeto son de una importancia relativamente menor. Esto se aplica también, desde luego, a la relación analítica, en la cual la imagen del analista es investida por los deseos pulsionales del paciente (transferencia), y la intervención terapéutica por excelencia es el informar a este último de las inferencias correctas que el analista ha hecho acerca de sus procesos mentales (interpretación). En esta versión del tratamiento analítico, las características personales, sentimientos y actos concretos del psicoanalista nada tienen que ver con el proceso de la curación, si bien pueden en ocasiones obstaculizarlo. No existe una “pareja analítica”, determinada por una cierta correspondencia entre los rasgos de personalidad y experiencias personales de ambas partes, por lo que el mejor analista para cualquier paciente es siempre el mejor analista, es decir, quien conoce mejor la teoría y domina mejor la técnica (Etchegoyen, 1986).

La teoría de las relaciones objetales cuestiona todos y cada uno de estos puntos, como lo veremos a continuación:

1) No es cierto que el ser humano sea movido únicamente por fuerzas impersonales a la busca de descarga. Por lo contrario, presenta una necesidad primaria de relación, que es desde el principio eminentemente personal. La búsqueda exclusiva de la descarga es, en sí misma, un fenómeno psicopatológico.

2) El objeto no es indiferente ni intercambiable, y sus características, experiencias emocionales y actos concretos en la interacción son fundamentales para la estructuración y desarrollo de la personalidad del niño.

3) La ligazón íntima y estrecha entre sujeto y objeto no es un fenómeno secundario, que puede o no presentarse, sino la esencia misma de la relación.

4) Los procesos, estructuras y funciones mentales surgen y operan fundamentalmente a partir de la internalización de las relaciones personales establecidas en los períodos constitutivos de la existencia humana (la infancia). Pero, además, las relaciones objetales posteriores también influyen sobre el funcionamiento del sujeto. De no ser así, el psicoanálisis mismo sería imposible.

Todo esto trae importantes consecuencias para la teoría del tratamiento psicoanalítico. En la medida en que la teoría de las relaciones objetales otorga una fundamental importancia a las interacciones reales que se dan entre el sujeto y el objeto desde el comienzo de la vida, lo mismo resulta aplicable a la relación analítica. Desde esta perspectiva, las características personales del analista, sus sentimientos, valores, creencias y actos concretos tienen un efecto trascendente sobre las reacciones transferenciales del paciente y sobre todo el proceso terapéutico. Esta posición ha sido resumida con excepcional claridad por Sacha Nacht (1966), en su trabajo sobre “Los factores de curación en el tratamiento analítico”. Allí afirma que:

[...] la persona del analista en tanto que éste representa y *encarna* cierta actitud interior profunda en la situación analítica [...] es, en mi opinión, un factor decisivo, y por ello he afirmado a menudo que lo que *es* el analista importa mucho más que lo que *dice*. Esta “presencia” condicionará, por ejemplo, la flexibilización del superyó, los procesos de identificación, y sobre todo la reducción al mínimo de la habitual ambivalencia del sujeto. [...] La relación básica del enfermo con el analista es función de lo que su inconsciente *percibe* en el inconsciente del médico, quizás en mayor medida que de las interpretaciones que se le ofrecen [Nacht, 1966, pág. 157].

Esto último es, desde luego, el mayor punto de discordia con aquellos analistas que sostienen una postura

“clásica”. (4) Es, también, lo que más distanció a Freud de las propuestas técnicas de los últimos trabajos de Ferenczi. Si bien la hipótesis de la “comunicación de inconsciente a inconsciente” había sido propuesta por el maestro en “Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico” (Freud, 1912), éste difícilmente podía aprobar el uso que Ferenczi (1933) hacía de él en su último trabajo sobre “Confusión de lenguas entre los adultos y el niño. (El lenguaje de la ternura y el lenguaje de la pasión.)” Para Freud, esta comunicación consistía en que el analista utilizara su propio inconsciente como órgano receptor⁽⁵⁾, para captar las comunicaciones del inconsciente del paciente. En cambio, Ferenczi planteaba la posibilidad de una comunicación inconsciente en el sentido inverso; en ésta era el inconsciente del paciente que percibía “los deseos, tendencias, estados de ánimo, gustos y disgustos del analista, aun cuando estos sentimientos permanecieran totalmente inconscientes para el propio analista” (Ferenczi, 1933, pág. 293, mi traducción).

Si este último planteo era poco aceptable para Freud, en la medida en que rompía con los requisitos de la objetividad científica, la recomendación de Ferenczi para resolver este problema le era totalmente inadmisibles. Ésta consistía en que el analista utilizara las asociaciones del paciente “no sólo para discernir la existencia de cosas displacenteras de su pasado, sino también [] para buscar la existencia de una crítica reprimida o suprimida de nosotros mismos” (Ferenczi, 1933, pág. 293, mi traducción). Y, una vez identificado aquel rasgo caracterológico nuestro, o aquel sentimiento reprimido, que indujeran la reacción transferencial del paciente, deberíamos reconocerlo abiertamente. Esta conducta, lejos de suponer una “pérdida de la autoridad del médico”, como lo sugirió posteriormente Freud (1937b) en “Construcciones en el análisis”,⁽⁶⁾ determinaba “un notable sentimiento de alivio, en vez de herir sus sentimientos” (Ferenczi, 1933, pág. 294, mi traducción). Más aun, esta insólita maniobra devenía un elemento central en el proceso terapéutico:

... la liberación de la crítica [del paciente], la capacidad para reconocer nuestros errores y para evitarlos, nos otorgan la confianza del paciente. *Esa confianza es algo que establece el contraste entre el presente y el pasado intolerable, traumatógeno*, un contraste que es por lo tanto indispensable para traer el pasado a la vida, no ya como una reproducción alucinatoria, sino como una memoria objetiva. [] [Agradezco] a aquellos pacientes que me enseñaron que tendemos demasiado a insistir en ciertas construcciones teóricas, ignorando con frecuencia los hechos que podrían debilitar nuestra autoridad y confianza en nosotros mismos [Ferenczi, 1933, pág. 295, mi traducción, itálicas del autor].

Aquí nos encontramos en el centro de la disputa, que era de naturaleza tanto epistemológica como ontológica. Freud adhería a una epistemología objetivista, cuya única vía hacia el conocimiento era la de la ciencia. Así lo afirma, por ejemplo, en “El problema de la concepción del Universo (*Weltanschauung*)” (Freud, 1933b), donde deshecha sumariamente a la religión, la filosofía y el arte como fuentes posibles de conocimiento, aceptando solamente la validez de “la concepción científica del Universo [que] afirma que *la única fuente de conocimiento del Universo es la elaboración intelectual de observaciones cuidadosamente comprobadas, o sea, lo que llamamos investigación*” (pág. 3191, las itálicas son mías).

En cuanto al aspecto ontológico, su concepción teórica del ser humano es la de un sistema impersonal gobernado por un determinismo causal estricto. De esto derivan las connotaciones mecánicas del lenguaje de la metapsicología, plagado de “estructuras”, “fuerzas” y “mecanismos”, así como el concepto de un “aparato psíquico”, comparable

4.- Ver, por ejemplo, Liberman (1979), Etchegoyen (1986) y Brenner (1976).

5.- La cita completa es: “[El analista debe orientar hacia lo inconsciente emisor del sujeto su propio inconsciente, como órgano receptor, comportándose respecto al analizado como el receptor del teléfono respecto al emisor. Como el receptor transforma de nuevo en ondas sonoras las oscilaciones eléctricas provocadas por las ondas sonoras emitidas, así también el psiquismo inconsciente del médico está capacitado para reconstruir, con los productos de lo inconsciente que le son comunicados, este inconsciente mismo que ha determinado las ocurrencias del sujeto” (Freud, 1912, pág. 1657).

6.- Freud (1937b) recomendaba que, ante la posibilidad de una construcción errónea si no resulta nada más podemos concluir que hemos cometido un error y debemos admitir así ante el paciente en alguna ocasión favorable para no poner en peligro nuestra autoridad. Esta oportunidad se presentará cuando llegue a la luz nuevo material que nos permita hacer una construcción mejor y corregir así nuestro error” (pág. 3368, las itálicas son mías). En otras palabras, la autoridad del terapeuta dependía para él de que no demostrara incertidumbre ante el paciente. En la actualidad, esto lo consideraríamos como un intento de mantener una transferencia indebida.

a “un microscopio compuesto, un aparato fotográfico o algo semejante” (Freud, 1900, pág. 672).

La epistemología y la ontología subyacentes a la obra de Ferenczi, en cambio, son profundamente humanistas y existenciales. Para él, el centro de toda psicología es la experiencia personal del ser humano, y ésta es siempre una experiencia de relación. Los niños enferman a partir de experiencias traumáticas en la relación con sus objetos de amor, y nuestros pacientes -tanto niños como adultos- sólo pueden curarse sobre la base de nuevas experiencias benéficas, en el contexto de la relación terapéutica. De no ser así, caeríamos en “el desastroso error de dejar de lado la verdadera tarea, en pro del interés psicológico” (Ferenczi y Rank, 1922, págs. 24-25, mi traducción).

Desde esta perspectiva, los afectos pasan a un primer plano, ya que sólo la experiencia afectiva puede curar, y sólo ella puede brindarnos esa convicción ‘inconmovible que es la base del verdadero conocimiento psicológico. De allí que privilegie la repetición transferencial, antes que las interpretaciones o las construcciones intelectuales. Al respecto nos dicen Ferenczi y Rank (1922), que “*todo esclarecimiento y explicación es sólo una primera etapa para aclarar al paciente el significado de la reproducción que debe esperar en la experiencia analítica*” (pág. 23, mi traducción, itálicas de los autores). Todo esto es para Ferenczi una parte de la evolución del “psicoanálisis como ciencia [que] debió pasar primero por una fase de entendimiento, antes de que pudiera llegar a una apreciación plena del factor de la experiencia” (*op. cit.*, pág. 26, mi traducción). Este énfasis en la experiencia subjetiva como base, tanto del conocimiento psicológico, como del proceso terapéutico, resulta fundamental para la comprensión de la obra de Ferenczi, así como del posterior desarrollo de la teoría de las relaciones objetales.

Pero donde encontramos un contraste aun mayor, es en el concepto ontológico del hombre que surge del pensamiento de Ferenczi. Para él, el -yo no es un subsistema del aparato psíquico, comparable al “homúnculo cerebral” de los anatomistas (Freud, 1923), una estructura funcional, como lo desarrollara Hartmann (1939, 1964). El concepto que Ferenczi tiene del yo es el de una persona total capaz de experimentar, aprender, relacionarse y vivir. Es un *self*, un sujeto que interactúa dialécticamente con los objetos y se conforma a partir de dicha relación. En esta concepción anticipa los desarrollos de autores tales como Fairbairn (1952), Winnicott (1960, 1971) y Kohut (1971, 1977, 1984). Para Ferenczi, el psicoanálisis es una psicología de la personalidad, es decir, del ser humano total, en relación con otros seres humanos. Esta posición, que caracteriza todos los desarrollos posteriores en términos de relaciones objetales, resulta inaceptable para aquellos analistas actuales que se definen como “los verdaderos freudianos”. Estos destacan que el punto de vista de Freud proponía el concepto de un ser humano ineludiblemente dividido y desgarrado por los conflictos -lo que excluye por principio todo concepto de totalidad- y que el psicoanálisis no es en absoluto una psicología del ser humano total, sino solamente una teoría del inconsciente. Aquí el énfasis está puesto en la especificidad del psicoanálisis. Así lo plantea, por ejemplo, André Green (1997b), en los siguientes términos:

Aun hoy escuchamos analistas, en las reuniones científicas, que están convencidos de que el psicoanálisis es una teoría de la “personalidad total”. Esto conduce inevitablemente a que la originalidad del psicoanálisis se diluya en la llamada totalidad. En “Psicoanálisis” -un trabajo muy accesible, ya que fue escrito para la *Encyclopaedia Britannica* en 1926-, Freud escribe ‘La influencia terapéutica del psicoanálisis depende del reemplazo de los actos mentales inconscientes por otros conscientes, y *es efectiva dentro de los límites de este factor*’ [itálicas de André Green. Esto demuestra claramente los limitados objetivos del psicoanálisis y ubica su elemento central [Green, 1997, mi traducción].

En este texto, Green define claramente su posición: el psicoanálisis está definido por su especificidad como la disciplina que estudia el inconsciente, y todo intento de transformarlo en un estudio y tratamiento de la personalidad total supone un abandono de su esencia. En esto, coincide con el pensamiento de Freud, tal como se desprende de un fragmento más amplio del mismo artículo de la *Encyclopaedia Britannica* citado por Green. Éste dice, en su traducción castellana:

Los resultados terapéuticos del psicoanálisis se fundan en la sustitución de actos psíquicos inconscientes por otros conscientes, y su alcance llega hasta donde se extiende la injerencia de este proceso en la enfermedad a tratar. Dicha sustitución se lleva a cabo superando resistencias internas en la vida psíquica del paciente. *En el futuro probablemente se adjudicará una importancia mucho mayor al psicoanálisis como ciencia de lo inconsciente que como procedimiento terapéutico* [Freud, 1926, pág. 2905, las itálicas son mías].

Esta definición del psicoanálisis supone, desde luego, un rechazo de cualquier concepto de la unidad de la

personalidad. En la misma línea, Jean Laplanche (1997) ha destacado la esencial alteridad del inconsciente. El inconsciente es aquello que hay en mí que no soy yo, de allí el descentramiento del sujeto. Aquello que no soy yo no es el centro de mi ser. Yo estoy determinado por algo que me será por siempre ajeno (Tubert-Oklender, 1997b) y, en consecuencia, cualquier sentimiento de unidad de mi ser no pasará de ser una ilusión. Al psicoanálisis le toca disipar esta ilusoria creencia en la unidad de la personalidad.

Esta visión un tanto pesimista de la condición humana nos presenta una imagen del hombre como un ser trágica e inevitablemente desgarrado, tal como la encontramos en “El malestar en la cultura” (Freud, 1930). Ello entra en conflicto con la concepción propia de la teoría de las relaciones objetales, que propone una unidad original de la existencia, la cual es fragmentada por las vivencias traumáticas; esta escisión es la esencia de la psicopatología y los pacientes llegan a nosotros buscando recuperar dicha unidad. El objetivo último del tratamiento psicoanalítico es ayudarlos a alcanzar una nueva “integridad de la personalidad” (Storr, 1960).

Podemos encontrar indicios de esta concepción del ser humano en la obra de Ferenczi, a partir de sus primeros trabajos. En su revolucionario trabajo de 1909 “Introyección y transferencia”, desarrolla una brillante exposición sobre el complejo tema de la transferencia. El tono es sumamente respetuoso de Freud, a quien cita profusamente, pero pronto se desprende de la obra del maestro y comienza a recorrer un terreno novedoso y creativo. En un primer momento, describe a la transferencia en términos de “impulsos [...] reprimidos [...] que gradualmente se están haciendo conscientes [que] se encuentran en primer lugar “*in statu nascendi*” a la persona del médico, y buscan ligar sus valencias insatisfechas a su personalidad” (pág. 39, mi traducción). Esta comparación con la química sugiere un proceso impersonal exclusivamente causal. Pero, pocas páginas después, esta explicación en términos de proceso cede el paso a otra formulada en términos estrictamente personales, cuando nos dice:

El neurótico está buscando constantemente objetos con los que pueda identificarse, a los que pueda transferir sentimientos, pudiendo así atraerlos a su Círculo de interés, es decir, introyectarlos. [...] [Esta introyección consiste en que toma] en su yo la mayor parte posible del mundo externo, haciéndolo objeto de sus fantasías inconscientes [pág. 43, mi traducción, las itálicas son mías]

Ya antes había planteado la naturaleza universal de la transferencia, que no se limita a la situación terapéutica, si bien “el tratamiento psicoanalítico ofrece las circunstancias más favorables para que se presente esta transferencia” (pág. 39, mi traducción). Así es que afirma que:

[...] la inclinación del psiconeurótico a la transferencia se expresa no sólo en el caso especial del tratamiento psicoanalítico y no sólo en referencia al médico, sino que la transferencia es un mecanismo psíquico en sí característico de la neurosis, que se evidencia en todas las situaciones de la vida, y que subyace a la mayor parte de las manifestaciones patológicas [págs. 35-36, mi traducción, itálicas del autor]-

Analiza luego esta “pasión por la transferencia” a la que considera “la peculiaridad más fundamental de las neurosis” (pág. 45), en términos de la comparación entre la proyección paranoica y ese otro proceso, propio de las neurosis, al que denomina

“introyección”. Dicha comparación la plantea inicialmente en términos de psicopatología, pero luego la amplía para la consideración de los procesos normales del desarrollo, al decirnos que:

El psiconeurótico sufre de un ensanchamiento y el paranoico de un estrechamiento de su yo. [Pero] cuando pasamos revista a la ontogénesis de la conciencia del yo sobre la base de los nuevos conocimientos, llegamos a la conclusión de que *la proyección paranoica y la introyección neurótica, son meramente casos extremos de procesos psíquicos cuyas formas primarias pueden demostrarse en todo ser normal.*

Podemos suponer que *al recién nacido, todo lo percibido por los sentidos se le presenta como unitario o monista*, por así decirlo. Sólo posteriormente aprende a distinguir de su yo aquellas cosas maliciosas, que conforman un mundo externo y que no obedecen a su voluntad. *Ese sería el propio proceso de proyección, la proyección primordial [pág. 48, mi traducción, las itálicas son mías].*

No es difícil reconocer, en esta cita, el germen de la teoría psicoanalítica del conocimiento que posteriormente desarrollada su alumna y analizada, Melanie Klein (1932). En un trabajo posterior sobre “El problema de la aceptación de las ideas desagradables” (Ferenczi, 1926), el maestro anticipa los conceptos que ella habría de denominar “posición esquizo-paranoide” y “posición depresiva”. Para él el bebé, antes

de la primera experiencia de insatisfacción traumática no conoce a los objetos y “por lo tanto no ha podido tener sentimientos hacia ellos, ya fueran amistosos u hostiles” (págs. 306-307). El sufrimiento por la falta de respuesta oportuna de la madre -que él atribuye, en aquel momento, al hambre y la sed, pero que bien podrían extenderse a la falta de respuesta emocional-, produce una reacción agresiva, con lo que la madre se transforma en un objeto de amor y de odio. Al surgir esta ambivalencia inicial, aparece por primera vez una oscura percepción de su existencia real -lo que él llama una “idea concreta”-. Esto inicia el conflicto entre los impulsos amorosos y hostiles, que en estado de reposo parecen “neutralizarse mutuamente”. El proceso subsiguiente es descrito en los siguientes términos:

[...] mientras la ambivalencia lleva sin duda a la aceptación de la existencia de las cosas, no nos conduce hasta la contemplación objetiva; por lo contrario *las cosas se transforman alternativamente en objeto de odio apasionado y de amor igualmente apasionado*. Para obtener la “objetividad” es necesario que los instintos [amorosos y hostiles] hayan sido [...] mezclados nuevamente uno con otro, teniendo lugar, por lo tanto, una nueva fusión instintiva, una vez recuperado el reconocimiento. Éste es, probablemente el proceso mental que garantiza la inhibición y el aplazamiento de la acción hasta que la realidad externa haya sido identificada con la “realidad pensada” (Freud); *la capacidad para el juicio objetivo y la acción es, pues, esencialmente la capacidad de las tendencias al amor y el odio de neutralizarse recíprocamente* [op. cit., pág. 308, las itálicas son mías].

Si bien no cabe duda de que las teorías de Melanie Klein se derivaron de esta serie de propuestas de su maestro, dicha autora les dio una tonalidad muy diferente, al hacer derivar toda esta dinámica del conflicto innato entre las pulsiones de vida y de muerte.

Aunque el texto de Ferenczi también habla, utilizando la terminología de la época, de “fusión y defusión de los instintos”, su concepción es realmente otra.

El bebé teórico propuesto por Ferenczi parte de una unidad inicial de la experiencia. Son los inevitables impactos de la vida los que activan su capacidad innata para la agresión, generándose así la alternancia de las experiencias emocionales de amor y de odio hacia el objeto. Pero esta dinámica sólo se da cuando el lactante se encuentra en un estado de excitación, como consecuencia de las fallas en la respuesta ambiental. En cambio, cuando el bebé bien atendido se halla en estado de reposo, recupera la unidad inicial.

Esta descripción de las primeras fases del desarrollo normal coincide notablemente con la de Winnicott (1958, 1965), quien ve en ellas un proceso de acomodación mutua entre la madre y el bebé, previo a la aparición de toda actividad pulsional en este último. Por otra parte, su descripción de ese estado armonioso inicial que es perturbado por las fallas de la atención materna que desencadenan la reacción agresiva, se asemeja a la descripción de Fairbairn (1944) de cómo y por qué se establece la escisión. del yo que constituye lo que él denomina la “situación endopsíquica básica”. Al respecto, nos dice este último autor:

No creo [...] que el niño dirija espontáneamente la agresión contra su objeto libidinoso si no existe frustración [...] en condiciones naturales de normalidad ideal el niño nunca experimentaría la separación que le es impuesta en forma creciente por la civilización. Por cierto podría ingerirse que en tales condiciones sería raro que se privara al niño del amparo de los brazos de su madre y del libre acceso a su pecho hasta que, en el curso común del desarrollo, él mismo se tome dispuesto a renunciar a ello. Empero, estas condiciones perfectas sólo son teóricamente posibles para el niño que nace dentro de un grupo cultural, y en realidad, la relación libidinoso de éste con su madre está perturbada desde un comienzo por un considerable monto de frustración, si bien el grado varía en los diferentes casos. *La experiencia de frustración libidinoso es la que hace crecer la agresión del niño en relación a su objeto libidinoso, dando así lugar a un estado ambivalente* [Fairbairn, 1944, pág. 114, las itálicas son mías].

La clave de todo este argumento se encuentra en el “monto variable de frustración y de agresión”, ya que allí se ubica la diferencia entre el desarrollo normal y el patológico. Las consecuencias de las fallas ocasionales de la respuesta ambiental ante las necesidades del niño son habitualmente compensadas por los cuidados posteriores, siempre y cuando

e) exista una comprensión empática de sus sufrimientos por parte de los padres o cuidadores. En cambio, cuando dicha comprensión no existe y no se da la necesaria compensación, los traumatismos se acumulan (Khan, 1974) y acaban por generar perturbaciones estructurales de la personalidad.

Una situación más grave surge cuando, en las palabras de Winnicott (1960) “el verdadero *self* resulta explotado y

aniquilado, lo cual corresponde a la vida de un bebé cuya madre no era solamente ‘no suficientemente buena’, sino que era buena y mala de manera irregular, a la vez excitante y rechazante [*tantalizing*]” (pág. 147, mi traducción). Se trata aquí de una madre muy enferma, que tiene la necesidad de provocar y mantener la confusión en todos los que se relacionan con ella. Nos encontramos en el terreno de la etiología. (7)

Pero, más allá del efecto patógeno de los adultos insensibles, inaccesibles o enloquecedores (García Badaracco, 1986), existe el caso del abuso franco y abierto del niño, tanto sexual como agresivo. Éste es el terreno en el que se internó Ferenczi durante los últimos años de su vida, y éste fue uno de los puntos centrales del conflicto con Freud. Cuando el adulto abusa físicamente del niño, este último padece de estados disociativos agudos, que luego se cronifican, y organiza posteriormente su personalidad alrededor del mecanismo de defensa de la “identificación con el agresor”. El descubrimiento del mismo se suele atribuir a Anna Freud, en su libro *El yo y los mecanismos de defensa*, publicado en 1936, pero la verdad es que Ferenczi los había descrito ya en 1932, en su último trabajo (Ferenczi, 1933).

En este trabajo, Ferenczi describía una compleja situación interpersonal, en la que un niño y un adulto se aman. El niño se acerca, en forma juguetona y erótica a la vez, buscando “seducir” al adulto. Si este último responde adecuadamente, todo se desarrolla en términos de ternura, lo cual puede constituir una experiencia verdaderamente formativa para un niño solitario y necesitado de amor. En cambio, si el adulto es una persona gravemente perturbada, puede reaccionar ante el niño como si se tratara de un adulto a su vez, que lo requiere sexualmente. Esta respuesta apasionada y groseramente sexual determina lo que el autor denominó la “confusión de lenguas”: el niño busca relacionarse en el lenguaje de la ternura, pero el adulto loco le responde en el lenguaje de la pasión. Ferenczi evidentemente se refería a la pasión sexual, pero lo mismo ocurre con la pasión agresiva, cuando el niño se encuentra con que el adulto responde a sus manifestaciones juguetonas y tiernas, con un aterrador estallido de odio.

Las consecuencias de este trágico desencuentro son graves. El niño desearía huir, rechazar al adulto, protestar o gritar pidiendo ayuda, pero no puede hacerlo, ya que se encuentra paralizado por el terror.

Los niños se sienten física y moralmente indefensos, ya que su personalidad no está lo suficientemente consolidada como para que puedan ser capaces de protestar, aunque sólo fuera en su pensamiento. El poder y la autoridad avasallantes de los adultos los obligan al silencio; con frecuencia pierden el sentido. Sin embargo, *ese mismo miedo, cuando alcanza su acmé, los obliga a rendirse en forma automática a la voluntad del agresor, anticipando cada uno de sus deseos y sometiéndose a ellos, olvidándose enteramente de sí mismos, identificándose totalmente con el agresor*. Como resultado de esta identificación con el agresor, a la que podemos llamar introyección, éste desaparece en la realidad externa y se toma intrapsíquico, en vez

7.- En “La preocupación materna primaria”, Winnicott (1956) sostiene que “no es necesario referimos aquí a la vida pulsional, ya que lo que estoy discutiendo [el efecto de la función materna sobre el desarrollo más temprano del bebé] comienza antes del establecimiento de los patrones pulsionales” (pág. 303, mi traducción). de la esquizofrenia, con la descripción de un tipo de relación muy similar al “doble Vínculo” de la escuela comunicacional en terapia familiar (Bateson et al., 1956).

- (1) “[...] siento que la introducción de la palabra ‘necesidad’ en vez de ‘deseo’ ha sido muy importante en nuestra teorización, pero 1... 1 [no es conveniente usar] aquí las palabras ‘satisfacción’ o ‘frustración’; una necesidad encuentra respuesta o no la encuentra, y el efecto no es el mismo que el de la satisfacción o frustración” (Winnicott, 1956, pág. 301, mi traducción).
- (2) El verbo inglés “to drive” significa “impulsar” o “conducir”. El sustantivo “drive” (impulso) se usa como traducción del Trieb freudiano, es decir, de la pulsión. En este texto, sin embargo, “driving” retiene la ambigüedad del verbo, por lo que he preferido traducirlo como “conduciendo”, para enfatizar el hecho de que, para el autor, el yo no vive activamente, sino que es “vivido” por la pulsión.
- (3) “Bien es verdad que Freud no parece poder ni querer escuchar la voz de Ferenczi, por más que ésta le persigue, ya que el texto prolonga el debate con él hasta después de su muerte” (Green, 1987, pág. 161).
- (4) Otro teórico de las relaciones objetivas que cita a Ferenczi, si bien no muy profusamente, es Masud Khan (1974).
- (5) “PERSONOLOGÍA. Término que Margorie Brieley tomara del General Smuts, para describir el estudio de la personalidad ‘no como una abstracción o manojito de abstracciones psicológicas, sino más bien como un organismo vital, como la totalidad psíquica orgánica que es por excelencia (Smuts), y utilizada por ella para distinguir la ciencia de la personalidad de la metapsicología. Estas dos difieren en que la primera retiene a la persona y a su experiencia, mientras que la segunda la concibe como el resultado de la interacción de estructuras impersonales” (Rycroft, 1968, págs. 115-116, mi traducción).

de extrapsíquico [...]. De cualquier manera, el ataque deja de existir como una inflexible realidad externa, y el niño, sumido en su trance traumático, logra mantener la situación previa de ternura [Ferenczi, 1933, págs. 297-298, mi traducción, itálicas del autor].

Este mecanismo de defensa fue descrito nuevamente por Fairbairn, casi en los mismos términos, en 1943, en su trabajo “La represión y el retorno de los objetos malos”. Este autor había trabajado con niños que fueron indiscutiblemente víctimas de ataques sexuales. Al entrevistarlos, le sorprendió descubrir que, “cuanto más inocente era la víctima, mayor era su resistencia a la anamnesis. En cambio [nos dice] no tuve mayores dificultades al examinar a individuos que habían cometido delitos sexuales” (*op. cit.*, pág. 72). Lo mismo ocurría con otro tipo de malos tratos y abusos, tales como los que se daban en casos de alcoholismo, riñas o violencia física por parte de los padres. En todos ellos los niños se negaban a hablar mal de los padres.

Aparentemente, se trataba de una curiosa forma de lealtad hacia los adultos abusivos, basada en su profundo amor hacia y necesidad de ellos. El niño prefería identificarse con los objetos malos, con lo cual se volvía malo a su vez, con el fin de preservar la ilusión de que sus objetos externos eran “buenos”. El resultado era que “la seguridad exterior se obtiene así, a costa de la inseguridad interior” (*op. cit.*, pág. 74).

El amor hacia los objetos malos internalizados se manifiesta entonces en la forma de múltiples actitudes autodestructivas, que configuran el fenómeno clásico del masoquismo, que Freud (1924) pretendiera explicar en términos de la pulsión de muerte. En este terreno, Fairbairn redescubre, sin citarlas, las hipótesis propuestas por Ferenczi en 1929, en su trabajo “El niño no deseado y su instinto de muerte”. Allí mostraba como los niños no deseados se tornaban autodestructivos -tanto en su pensamiento, como en su conducta y en sus síntomas psicósomáticos- y planteaba que la única salida terapéutica para esta grave situación consistía en “permitirle al paciente que se comportara durante un tiempo como un niño” (pág. 93, mi traducción). En otras palabras, estaba hablando de la regresión terapéutica (Hernández de Tubert, 1995, 1997, 1998; Tubert-Oklander, 1991, 1994; Tubert-Oklander y Hernández Hernández, 1995).

La conducta que Ferenczi proponía para el tratamiento de estos pacientes consistía en cuidarlos como si fueran niños, para permitirles vivir, en el contexto de su tratamiento, experiencias constitutivas que les faltaran durante su infancia. Esta modalidad de conducta terapéutica -que coincide con lo que Winnicott (1954, 1955-56, 1960) denominara el “manejo” (*management*)- permitiría incluso una transformación del sustrato pulsional de la personalidad. Así lo afirma, cuando nos dice que: “Por medio de esta tolerancia se le permite al paciente -por primera vez, estrictamente hablando- disfrutar la irresponsabilidad de la infancia, lo cual equivale a introducir impulsos de vida y motivos *positivos* para su existencia posterior” (Ferenczi, 1929, pág. 106, mi traducción).

Aceptar que las experiencias de mal trato o rechazo en la infancia generan impulsos de muerte, y que las nuevas experiencias vividas en la relación terapéutica introducen impulsos de vida, supone una teoría de las pulsiones totalmente diferente a la propuesta por Freud. Para este último, las pulsiones eran un fenómeno primario e irreductible, el verdadero núcleo de la vida psíquica. En cambio, desde la perspectiva propuesta por la teoría de las relaciones objetales, estos impulsos aparentemente ciegos son secundarios a las experiencias constitutivas de la relación intersubjetiva con los objetos.

Más recientemente, Kohut (1981) ha planteado una propuesta semejante, que sugiere que las pulsiones impersonales descubiertas y descritas por Freud (1915) son una manifestación psicopatológica de la descomposición de la personalidad, como resultado de experiencias traumáticas de relación con *selfobjects* anémicos. Así lo afirma en su último trabajo, denominado “Introspección, empatía y el semicírculo de la salud mental” (Kohut, 1981), donde dice que:

En circunstancias normales no nos encontramos con los impulsos por medio de la introspección y la empatía. Siempre experimentamos la unidad psicológica irreductible de un self amante, un self deseante, un self asertivo, un self hostil y destructivo. Cuando los impulsos alcanzan una primacía experiencial, nos enfrentamos con productos de desintegración: en el reino del Eros, el self en proceso de fragmentación presencia impotente cómo está siendo reemplazado por una experiencia de placer febrilmente intensificada, por la predominancia de una zona erógena que da placer y, en consecuencia, del impulso por sobre el self; o, en el reino de Tánatos, el self que se fragmenta observa impotente cómo es reemplazado por una experiencia de ira febrilmente intensificada, por la predominancia de una orgía destructiva o autodestructiva, y así nuevamente, del impulso por sobre el self [Kohut, 1981, pág. 553, mi traducción].

Otto Kernberg (1976), por su parte, ubica -siguiendo a Brieley (1937) y Jacobson (1953)- a “los afectos como estados ‘centrales’ primordialmente subjetivos, más que como fenómenos ‘periféricos’ de descarga” (Kernberg, 1976, pág. 81), y propone a las pulsiones como estructuras dinámicas más complejas, que organizan las unidades de relaciones internalizadas que representan a los afectos. Así nos dice que:

Los afectos placenteros y dolorosos son los principales agentes organizadores de las relaciones objetales internalizadas “buenas” y “malas”, y constituyen los principales sistemas instintivos o motivacionales que organizan la experiencia intrapsíquica. La libido y la agresión no son factores ajenos a este fenómeno, sino que representan la organización global de los sistemas instintivos en una polarización general de “bueno” y “malo”. En un primer momento, los estados efectivos determinan la integración de las relaciones objetales internalizadas y de los sistemas instintivos generales; más tarde marcan la activación del instinto y lo representan en el contexto de la movilización de determinadas relaciones objetales internalizadas. La libido y la agresión representan los dos instintos psíquicos generales, que integran los componentes instintivos y otros bloques constitutivos, consolidados en un principio en unidades de relaciones objetales internalizadas [*op. cit.*, págs. 85-861].

Así vemos como, en las diferentes versiones de la teoría de las relaciones objetales, las pulsiones quedan desplazadas de la posición central que les otorgara Freud, y la relación objetal pasa a un primer plano. Fairbairn (1943) planteó sus principales conclusiones sobre este tema en los siguientes términos que “1, que en comparación con las relaciones de objeto, las actitudes libidinosas son relativamente de poca importancia, y 2, que el propósito final de la pulsión libidinoso lo constituye el objeto y no la gratificación” (pág. 70). Winnicott (1956, 1960) distinguió entre las “necesidades del ello”, es decir, los deseos pulsionales, y las “necesidades del yo”. De estas últimas afirmó que no es adecuado decir que se gratifican o se frustran, ya que nada tienen que ver con la búsqueda del placer como descarga, sino que simplemente encuentran respuesta en el objeto, o no la encuentran. Balint (1952) propuso el concepto de una relación objetal de “amor primario”, pre vio a toda manifestación de amor sexual o de odio. Éste es un amor pasivo, centrado en la necesidad de ser amado, y que presenta las características de la ternura pregenital. Kohut (1981), como ya lo hemos visto, considera que las pulsiones impersonales son una manifestación psicopatológica, mientras que Kernberg (1976) las ve como una organización superior y relativamente tardía, derivada de las experiencias primarias de relación objetal.

Llegados a este punto, podemos preguntarnos si esta visión del ser humano resulta o no compatible con la concepción freudiana del hombre. Durante mucho tiempo, los representantes de la llamada ortodoxia psicoanalítica” (Bergmann, 1997) sostuvieron que la(5) teoría de las relaciones objetales era incompatible con los fundamentos de la teoría y la técnica psicoanalíticas. Por su parte, entre los teóricos de las relaciones de objeto, sólo Fairbairn (1952) y Guntrip (1961, 1968, 1971) consideraban que existía una verdadera ruptura teórica.

En los últimos años, por lo contrario, ha habido un intento de reintegrar estas dos vertientes del psicoanálisis. André Green (1987), por ejemplo, sostiene que “sería erróneo querer oponer las pulsiones al objeto, ya que es a través del objeto, en las alternativas de su presencia y de su ausencia, como consigue manifestarse la pulsión.

El objeto es el revelador de la pulsión “ (pág. 164, itálicas del autor). Además, el autor destaca que “las contribuciones de Ferenczi no comportan en ningún caso una crítica del concepto Freudiano de la pulsión” (pág. 161).

Sin embargo, ya hemos visto que las pulsiones ocupan, en la teoría de las relaciones objetales, un lugar bien diferente del que les asigna la teoría clásica. La clave está en el descentramiento del sujeto. En la teoría de las relaciones objetales, las pulsiones son una de las dimensiones de la experiencia del sujeto, en su relación con los objetos, mientras que en la teoría pulsional son una fuerza primaria, que le es ajena y que lo pone en movimiento y lo organiza. El propio André Green deja constancia de esta última posición, en su contribución al 40º Congreso Psicoanalítico Internacional de Barcelona, cuando nos dice que:

La idea de plantear el problema [de la sexualidad] en términos de la oposición entre la pulsión y el objeto resulta realmente de una revisión metapsicológica de la formulación filosófica tradicional del sujeto y el objeto. *Desde nuestro punto de vista, la pulsión es la matriz del sujeto. [...] Sin embargo, el aspecto que aquí nos interesa es menos el de una base para la acción, que el de aquello que “actúa” al sujeto, “conduciendo”, 7 por así decirlo, sus pensamientos, representaciones, afectos y acciones. El yo es*

“actuado” por las pulsiones y tiende a adherirse al objeto, como si fuera su complemento [Green, 1997 a , pág. 347, mi traducción, itálicas del autor]-

Todo esto tiene, desde luego, una consecuencia para la interpretación contemporánea de la polémica Freud-Ferenczi. Si los ecos de la misma han tenido realmente un efecto(6) traumático sobre las sucesivas generaciones de psicoanalistas, no debe sorprendernos que exista una tendencia a reconciliar a estos dos pensadores. Martín-Cabré (1997) y Muñoz Guillén (1996), por ejemplo, destacan numerosos puntos de coincidencia entre “Confusión de lenguas ... “ (Ferenczi, 1933) y “Análisis terminable e interminable” (Freud, 1937).

Así Luis Martín-Cabré (1997) nos dice que “Los dos hombres parecen estar hablando acerca de algo similar [...] esto sugiere que, en términos de una dialéctica entre lo interno y lo externo en la etiología de las neurosis, Freud y Ferenczi no se encontraban en posiciones tan diametralmente opuestas como se ha considerado tradicionalmente” (Pág. 111, mi traducción). Por su parte, Maite Muñoz Guillén (1996) va aun más lejos, al afirmar que “Freud y Ferenczi no sólo no estaban en desacuerdo sino que mantenían planteamientos teóricos comunes” (pág. 118).

Creo, sin embargo, que deberíamos ser particularmente cautos en estos intentos de reconciliación, por mucho que los deseemos (y precisamente porque los deseamos, de la misma manera en que los hijos de los padres divorciados desean reunirlos nuevamente). Es indudable que Freud y Ferenczi tenían planteamientos teóricos comunes, ya que ambos eran psicoanalistas y vivían en el mismo período del desarrollo de nuestra disciplina. Por otra parte, era inevitable que el Freud de “Análisis terminable e interminable” retomara al Ferenczi de “Confusión de lenguas ... “, ya que sus reflexiones de entonces eran, como bien lo señalara André Green, una continuación del debate con su amigo y discípulo, más allá de la muerte. Además, el propio concepto de las relaciones de objeto tenía su origen en Freud, en trabajos tales como “Duelo y melancolía” (1917), “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) y “El ‘yo’ y el ‘ello’” (1923). Sin embargo, la divergencia era real.

Debemos recordar aquí que existe con frecuencia un hiato entre lo que un pensador creativo cree que está haciendo y lo que realmente está haciendo, cuando plantea una nueva visión de las cosas. Las ideas verdaderamente nuevas tienen el potencial de desencadenar una crisis en quien las piensa y en su comunidad. Tomas Khun (1962) lo describió en su concepto de las “revoluciones científicas”; Gregory Bateson (1972) lo llamaba una “crisis epistemológica”, y Wilfred Bion (1965, 1970) lo denominó “cambio catastrófico”. Resulta significativo que estos dos últimos pensadores derivaron estos conceptos a partir del estudio de la crisis psicótica. En consecuencia, no debe sorprendernos que este tipo de cambio ponga en marcha poderosos mecanismos de defensa.(7).

Bion (1965) describía, en su libro *Tr ansformaciones*, tres características de esta situación de cambio: la subversión del sistema, la invariancia y la violencia. La intensa angustia generada por la subversión del sistema de pensamiento, ante el surgimiento de la nueva idea, nos obliga a aferrarnos, defensivamente, a la ilusión de que nada ha cambiado. Después recurrimos al cisma, oponiendo en forma irreconciliable al sistema que deseamos preservar y a las nuevas ideas que lo han puesto en crisis. Esto desencadena la violencia. Pasará mucho tiempo antes de que podamos descubrir la verdadera invariancia, que son aquellos rasgos en común entre lo viejo y lo nuevo. Pero estas invariantes son diferentes de aquellas ideas que pretendíamos originalmente preservar, para evitar la destrucción del sistema.

Creo que esto es lo que sucedió con la crisis que sacudió al mundo psicoanalítico, a partir de la introducción del nuevo paradigma de las relaciones objetales. Es cierto que Ferenczi nunca cuestionó manifiestamente la teoría de las pulsiones, pero creo que ello se debió a su dificultad emocional de reconocer el verdadero potencial revolucionario de las ideas que estaba generando. Por su parte, Freud tampoco pudo asumir las radicales consecuencias, para la teoría y la técnica, de la nueva perspectiva abierta por “Duelo y melancolía”. El resultado fue un cisma en el que Freud quedó identificado con el sistema de pensamiento establecido, que resultaba amenazado por la nueva idea, y Ferenczi lo fue con la nueva concepción potencialmente destructiva. De allí que se negaran masivamente las contribuciones de este último, y que la casi totalidad de los teóricos posteriores de las relaciones objetales omitieran citarlo en sus trabajos. “principal excepción es Michael Balint (1952, 1967, 1968) quien siempre intentó rescatar las contribuciones de quien fuera su amigo, maestro y analista. Sin embargo, se topó con tal resistencia, que optó por continuar desarrollando sus ideas, sin insistir en el justo reconocimiento para quien las originara.

Lo que yo pedía era una reevaluación crítica -no una aceptación acrítica- de que había de valioso en las ideas desarrolladas en Budapest bajo el liderazgo de Ferenczi. No hubo respuesta alguna. Habiendo fracasado, la única política que me quedaba era la de continuar con mi trabajo clínico y poner a prueba la validez de estas ideas a través de nuevas experiencias. En los últimos años ha habido tal vez algunos signos de un cambio en la actitud general, aunque en esto puedo estar equivocado. De modo que lo estoy volviendo a intentar [Balint, 1968, pág. 133, mi traducción].(8)

Es necesario, pues, distinguir entre la enorme complejidad de la obra de Freud y su versión oficial del autodenominado “psicoanálisis freudiano”- al que considero una versión unilateral y empobrecida del complejo universo abierto por dicha obra. El propio Freud fue parcialmente responsable de esta distorsión, en la medida “en que le costaba asumir los aspectos verdaderamente revolucionarios de su obra, y se refugiaba en un discurso impersonal, al que consideraba más científico, cada vez que pretendía acceder a los niveles más abstractos y generales de su teoría. Desde esta posición, era inevitable que la insistencia de Ferenczi de elaborar una teoría en términos de relaciones eminentemente personales -una “personología”(9), como la denominara Margorie Brieley-, le resultara peligrosamente mística.

A partir de este análisis de la controversia Freud-Ferenczi -y de la subsiguiente polémica entre la teoría pulsional y la teoría de las relaciones objetivas, llego a la conclusión de que el eje de dicha controversia eran las diferentes concepciones de mundo de sus protagonistas. Freud (1933b) sostenía que el psicoanálisis no tenía una concepción de mundo propia, sino que adhería a la “concepción científica del mundo”. Ésta era, desde luego, su *propia Weltanschauung*. Martín S. Bergmann (1997) ha analizado el conflicto de concepciones de mundo como sustrato de las grandes polémicas del psicoanálisis. Así nos dice que:

Casi todas las controversias se referían a puntos de discusión que van más allá de los descubrimientos que pueden ser verificados en la entrevista psicoanalítica. [] Tales hipótesis no pueden ser probadas ni refutadas en la situación psicoanalítica, y sin embargo se volvieron el foco de intensos debates emocionales y, dado que no existe una forma lógica de resolverlos, cada una de ellas se transforma en el foco de una ortodoxia. [Freud, al igual que todo herético y modificador [de la teoría], basa sus ideas en una visión de la naturaleza del hombre, que no puede ser probada ni refutada por los datos obtenidos en la entrevista psicoanalítica. [] Cuando las controversias llevan a cismas, el punto de discusión no es la mera modificación de los contenidos. Lo que está en juego es la estructura explicativa básica de la teoría [págs. 82-83, mi traducción].

Por lo tanto, resulta difícil, si no imposible, conciliar estas dos perspectivas, ya que ninguna de las partes estaría dispuesta a revisar sus presuposiciones básicas acerca de la realidad y de la naturaleza humana. Si un psicoanalista adhiere a la visión trágicamente pesimista de “El malestar en la cultura” (Freud, 1930), ¿cómo podemos pedirle que acepte el optimismo terapéutico de un Winnicott, por ejemplo?

Tal vez el único punto de la controversia en el que podemos iniciar un intento de conciliación, es el de la divergencia epistemológica. Freud pretendía describir al ser humano en términos “científicos”, es decir, desde la visión impersonal de un observador externo. Al mismo tiempo, todos sus descubrimientos lo llevaban, inevitablemente, a considerar la perspectiva interna de la experiencia subjetiva del ser humano. Pero esta nueva visión era mucho más afín a la poesía o al misticismo, que al modelo científico del conocimiento. Éste era su mayor conflicto, que marcó el desarrollo de toda su obra.

Ferenczi, en cambio, se sentía muy cómodo en la perspectiva eminentemente personal de la experiencia subjetiva, y no entraba en conflicto con la dimensión mística de su trabajo. Desde su punto de vista, no había contradicción alguna entre la práctica científica y la indagación de la fenomenología de la experiencia personal, propia de la práctica analítica. Para él, el psicoanálisis era un caso único en el desarrollo de las ciencias, ya que oscilaba entre una y otra perspectiva. A esto lo llamó el método “utraquista”. Los utraquistas eran una secta religiosa que insistía en compartir el pan y el vino en la comunión, por lo que Ferenczi utilizó el término para referirse a la investigación psicoanalítica, ya que ésta presentaba siempre dos lados (Ferenczi y Rank, 1925, pág. 47). La teorización psicoanalítica debería oscilar entre el uso de analogías físicas para la mejor comprensión de lo mental, y de analogías psíquicas, para la mejor comprensión de lo físico. Así nos dice en *Thalassa* (1924) que “no debemos avergonzarnos de estas analogías recíprocas que, por lo contrario, deberían sostenerse como un método altamente necesario e incluso inevitable” (pág. 362, mi traducción). Posteriormente definió este método con mayor precisión, en los siguientes términos:

Cuando intenté esclarecer en forma crítica la forma en que trabaja nuestra ciencia actual, me vi obligado a suponer que, si la ciencia ha de mantenerse realmente objetiva, deberá operar alternativamente como psicología pura y como ciencia natural pura, y deberá verificar tanto nuestra experiencia interna como la externa, a través de analogías tomadas de ambos puntos de vista; esto supone una alternancia entre la proyección y la introyección. A esto lo denominé el “utraquismo” de todo trabajo científico verdadero [Ferenczi, 1926, pág. 373, mi traducción].

Para Ferenczi, la obra de Freud cumplía plenamente con los requisitos de dicho método. Si aceptamos esta propuesta, podremos tal vez comenzar a integrar las aportaciones y descubrimientos de las diferentes escuelas de psicoanálisis, incluyendo tanto las que se basan exclusivamente en los hallazgos derivados de la situación analítica, como las que pretenden apoyarse en los resultados de la investigación empática y las contribuciones de otras ciencias contemporáneas. Así se evitarían discusiones interminables como, por ejemplo, la oposición entre el “bebé real” y el “bebé interno” (Green, 1997b; Stern, 1997). En lo que se refiere a nuestras diferentes concepciones de mundo, en cambio, sólo nos queda reconocer su existencia y, en el mejor de los casos, desarrollar un espíritu de aceptación, respeto y comprensión hacia las visiones de mundo de aquellos colegas que no comparten nuestra manera de ver las cosas.

REFERENCIAS

- BALINT, M. (1933):** “Dr. Sandor Ferenczi as psycho-analyst.” En *Problems of Human Pleasure and Behavior*. Nueva York: Liveright, 1957, págs. 255-242.
(1952):, *Primary Love and Psycho-Analytic Technique*. Nueva York: Liveright, segunda edición corregida y aumentada, 1965.
(1967): “Los experimentos técnicos de Sandor Ferenczi.” En Wolman, B. B.: *Técnicas psicoanalíticas*. Buenos Aires: Troquel, 1972, págs. 205-231.
(1968): *The Basic Fault. Therapeutic Aspects of Regression*. Nueva York: Brunner/Mazel, 1979. [Traducción castellana: *La falta básica. Aspectos terapéuticos de la regresión*. Buenos Aires: Paidós, 1982.]
- BATESON, G. (1972):** *Steps to an Ecology of Mind*. Nueva York, Ballantine Books, 1972. [Traducción castellana: *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Carlos Lohlé, 1976.]
- JACKSON, D. D.; HALEY, J. & WEAKLANI, J. H. (1956):** “Toward a theory of schizophrenia.” En Bateson (1972), págs. 201-227.
- BERGMANN, M. S. (1997):** “The historical roots of psychoanalytic orthodoxy.” *The International Journal of Psycho-Analysis*, 1997. 78 (1): 69-86.
- BION, W. R. (1965):** *Transformations. Change from Learning to Growth*. Londres: Heinemann. (1970): *Attention and Interpretation* Londres: Heinemann. [Traducción castellana: *Atención e interpretación*. Buenos Aires: Paidós, 1974.]
- BRENNER, C. (1976):** *Técnica psicoanalítica y conflictos psíquicos*. Buenos Aires: Hormé, 1983.
- BRIELEY, M. (1937):** “Affects in theory and practice.” En *Trends in PsychoAnalysis*. Londres: Hogarth, 1951, págs. 43-56.
- ETCHEGOYEN, R. H. (1986):** *Los momentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FAMAW, W. R. D. (1943):** “La represión y el retorno de los objetos malos. Con especial referencia a las ‘neurosis de guerra’.” En Fairbairn (1952), págs. 69-89.
(1944): “Las estructuras endopsíquicas consideradas en términos de relaciones de objeto.” En Fairbairn (1952), págs. 91-137.
(1952): *Estudio psicoanalítico de la personalidad* Buenos Aires: Hormé, 1970.
- FERENCZI, S. (1909):** “Introjection and transference.” En *First Contributions to PsychoAnalysis*. Nueva York: Brunner/Mazel, 1980, págs. 35-93. [Traducción castellana: “Introyección y transferencia.” En *Sexo y psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1959, págs. 357-2.]
(1921): Carta a Georg Groddeck del 25 de diciembre de 1921. Citada en Masson (1984), pág. 183.
(1924): “Thalassa: A theory of genitality. Introduction.” *Psychoanalytic Quarterly*, 1933, 2: 361-364.
(1926): “The problem of acceptance of unpleasant ideas-Advances in knowledge of the sense of reality.” En *Further Contributions to the Theory and Technique of PsychoAnalysis*. Nueva York:

- Brunner/Mazel, 1980, págs. 366379. [Traducción castellana: “El problema de la aceptación de las ideas desagradables. Progresos en el conocimiento del sentido de realidad.” En Teoría y técnica del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 1967, págs. 303-313.]
- (1927): “The problem of the termination of the analysis.” En Ferenczi (1955), págs. 77-86. [Traducción castellana: “El problema de la terminación del análisis.” En Ferenczi (1955), Pág. 68-76.]
- (1928): “The elasticity of psycho-analytic technique.” En Ferenczi (1955), págs. 87101. [Traducción castellana: “La elasticidad de la técnica analítica.” En Ferenczi (1955), págs. 77-88.]
- (1929): “The unwelcome child and his death instinct.” En Ferenczi (1955), págs. 102107. [Traducción castellana: “El niño no deseado y su instinto de muerte.” En Ferenczi, (1955), págs. 89-94.].
- (1930): “The principles of relaxation and neocatharsis.” En Ferenczi (1955), págs. 108-125. [Traducción castellana: “El principio de relajación y la neocatarsis.” En Ferenczi (1955), págs. 95-110.1
- (1931): “Child-analysis in the analysis of adults.” En Ferenczi (1955), págs. 126-142. [Traducción castellana: “El análisis infantil en el análisis de adultos.” En Ferenczi (1955), págs. 111-126.1
- (1933): “Confusion of tongues between adults and the child. (The language of tenderness and the language of passion.)” Nueva traducción al inglés por Jeffrey M. Masson y Marianne Loring. En Masson (1984): *The Assault on Truth*. Londres: Fontana, 1992, págs. 291-303. [Traducción inglesa previa en Ferenczi
- (1955), págs. 156-167. Traducción castellana: “La confusión de lenguajes entre los adultos y el niño.” En Ferenczi (1955), págs. 139-149.]
- (1955): *Final Contributions to the Problem and Methods of Psycho-Analysis*. Nueva York: Brunner/Mazel, 1980. [Traducción castellana: *Problemas y métodos del psicoanálisis*. Buenos Aires: Hormé, 1966.1
- & RANK, O. (1922): *The Development of Psychoanalysis*. Madison: International Universities Press, 1986.
- FREUD, A. (1936):** *El yo y los mecanismos de defensa*. México: Paidós, 1990.
- FREUD, S. (1900):** “La interpretación de los sueños.” En *Obras completas*, tomo 1 (OC- I). Madrid: Biblioteca Nueva, 1981 (4a. edición), págs. 343-720.
- (1912): “Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico.” OC-II. 16541660.
- (1915): “Los instintos y sus destinos.” OC-I. 2039-2052.
- (1917): “Duelo y melancolía.” OC-II. 2091-2101.
- (1921): “Psicología de las masas y el análisis del yo.” OC-III. 2563-2610.
- (1923): “El ‘yo’ y el ‘ello’.” OC-III. 2701- 2728.
- (1924): “El problema económico del masoquismo.” OC-III. 2752-2759.
- (1926): “Psicoanálisis: escuela freudiana.” OC-III.- 2904-2909.
- (1930): “El malestar en la cultura.” OC-III.- 3917-3067.
- (1933a): Carta a Ernest Jones del 29 de mayo de 1933. Citada en Masson (1984), págs. 180-181.
- (1933b): “El problema de la concepción del Universo (Weltanschauung).” Lección de “Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis.” OC-III. 31913206.
- (1937a): “Análisis terminable e interminable.” OC-III. 3339-3364.
- (1937b): “Construcciones en el análisis.” OC-III. 3365-3373.
- GARCIA BADARACCO, J. (1986):** “La identificación y sus vicisitudes en la psicosis: la importancia del concepto ‘objeto enloquecedor’.” En DelgadoAparicio, G. (ed): *Libro Anual de Psicoanálisis 1986*. Lima: The British PsychoAnalytical Society y Ediciones Psicoanalíticas Imago, 1987, págs. 217-227.
- GREEN, A (1987):** “La pulsión en los escritos terminales de Freud.” En Sandler, J. (comp.): *Estudio sobre el “Análisis terminable e interminable” de Sigmund Freud*. Madrid: Tecnipublicaciones, 1989, págs. 147-165.
- (1997a): “Opening remarks to a discussion of sexuality in contemporary psycho- analysis.” *The International Journal of Psycho-Analysis*, 1997, 78 (2): 345-350.
- (1997b): “Science and fiction in infant research.” Trabajo presentado en el University College of London. Londres, noviembre de 1997.
- GUNTRIP, H. (1961):** *Estructura de la personalidad e interacción humana*. Buenos Aires: Paidós, 1971.

- (1968): *Schizoid Phenomena, Object Relations, and the Self*. Londres: The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis.
- (1971): *El self en la teoría y la terapia psicoanalíticas*. Buenos Aires, Amorrortu, 1973.
- HARTMANN, H. (1939):** *Ego Psychology and the Problem of Adaptation* Londres: Imago (1958). [Traducción castellana: *La psicología del yo y el problema de la adaptación*. Buenos Aires: Paidós, 1987.]
- (1964): *Ensayos sobre la psicología del yo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- HERNÁNDEZ DE TUBERT, R. (1995):** "Aspectos terapéuticos de la regresión." *Revista de Psicoanálisis*, 1995, 52 (2): 483-517.
- (1996): "Racismo y trauma transgeneracional." Trabajo presentado en el XII Congreso Psicoanalítico de la Asociación Regiomontana de Psicoanálisis, A. C., sobre "Psicoanálisis de la Violencia". Monterrey, N. L., 7 al 9 de marzo de 1996.
- (1997): "¿Es terapéutica la regresión analítica?" En Vives Rocabert, J. (comp.): *El proceso psicoanalítico*. México Asociación Psicoanalítica Mexicana y Plaza y Valdés, 1997, págs. 115-125.
- (1998): "La regresión: ¿expresión psicopatológica o factor terapéutico fundamental?" Trabajo presentado en la Mesa Redonda sobre "utilidad terapéutica de la regresión", en el Congreso Internacional "Ferenczi y el Psicoanálisis Contemporáneo". Madrid, Asociación Psicoanalítica de Madrid y Sandor Ferenczi Society, 6 al 8 de marzo de 1998.
- JACOBSON, E. (1953):** "On the psychoanalytic theory of affects." En *Depression*. Nueva York: International Universities Press, 1971, págs. 3-47.
- KERNBERG, O. (1976):** *La teoría de las relaciones de objeto y el Psicoanálisis clínico*. Buenos Aires: Paidós, 1979.
- KHAN, M. M. R. (1974):** *Le soi caché*. París: Gallimard, 1976. [Traducción francesa de *The Privacy of the Self*. Londres: The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, 1974.]
- KUHN, T. S. (1962):** *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- KLEIN, M. (1932):** *The Psycho-Analysis of Children*. Nueva York: Delta, 1975. [Traducción castellana: *El psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Hormé, 1964.]
- KOHUT, H. (1971):** *El análisis del self*. Buenos Aires: Amorrortu, 1987. - (1977): *La restauración del sí-mismo*. Barcelona: Paidós, 1980.
- (1981): "Introspection, empathy, and the semicircle of mental health." En *The Search for the Self, Selected Writings of Heinz Kohut, 1978-1981, Vol IV*, ed. Paul Ornstein. Madison: International Universities Press, 1990, págs. 537-567.
- (1984): *¿Cómo cura el análisis?* Buenos Aires: Paidós, 1986.
- LAPLANCHE, J. (1997):** "The theory of seduction and the problem of the other." *The International Journal of Psycho-Analysis*, 1997, 78 (4): 653-666.
- LIBERMAN, D. (1979):** "Una contribución a los factores terapéuticos del psicoanálisis." *Psicoanálisis*, 1979, 1 (1): 1-36.
- MARTÍN-CABRÉ, L. (1997):** "Freud-Ferenczi: controversy terminable and interminable." *The International Journal of Psycho-Analysis*, 1997, 78 (1): 105-114.
- MASSON, J. M. (1984):** *The Assault on Truth*. Londres: Fontana, 1992
- MUÑOZ GUILLÉN, M. (1996):** "Controversia Freud-Ferenczi: Construcciones en psicoanálisis - Confusión de lenguas .." *Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica de Madrid.*, 1996, 24: 111-119.
- NACHT, S. (1966):** *La presencia del psicoanalista*. Buenos Aires: Proteo, 1967.
- RYCROFT, C. (1968):** *A Critical Dictionary of Psychoanalysis*. Harmondsworth: Penguin, 1977. [Traducción castellana: *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1976.]
- STERN, D. N. (1997):** "How far is empirical research relevant to psychoanalytic theory and practice? Example of research in infancy." Trabajo presentado en el University College of London. Londres, noviembre de 1997.
- STORR, A. (1960):** *The Inter of the Personality*. Harmondsworth: Penguin, 1975.
- TUBERT-OKLANDER, J. (1991):** "¿Es realmente terapéutica la relación con el analista?" *Jornada Psicoanalítica*, 1991, 3 (2): 1-14.

- (1994): “Las funciones de la interpretación.” *Revista de Psicoanálisis*, 1994, 51 (3): 515-544.
- (1997a): “El proceso psicoanalítico a la luz de la teoría de las relaciones objetales.” *Cuadernos de Psicoanálisis*, 1997, 30 (3-4) (en prensa).
- (1997b): “Comentario sobre el trabajo de Jean Laplanche ‘The theory of seduction and the problem of the other’.” Participación en el grupo de discusión de Internet de *The International Journal of Psycho-Analysis*, octubre de 1997.
- & HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, R. (1994): “Insight y curación.” Trabajo presentado en el 39º Congreso Psicoanalítico Internacional. San Francisco, Cal., julio de 1995.

- WINNICOTT, D. W. (1947):** □ - “Hate in the countertransference.” En Winnicott (1958), págs. 194-203. [Traducción castellana: “El odio en la contratransferencia”. En Winnicott (1958), págs. 267-279.]
- (1952a): “~ety associated with insecurity.” En Winnicott (1958), págs. 97-100. [Traducción castellana: “La angustia asociada con la inseguridad.” En Winnicott (1958), págs. 139-143.]
- (1952b): Carta a Melanie Klein del 17 de noviembre de 1952. En Winnicott (1987), págs. 88-93 .
- (1954): “Metapsychological and clinical aspects of regression within the psycho-analytical set-up.” En Winnicott (1958), págs. 278-294. [Traducción castellana: “Aspectos metapsicológicos y clínicos de la regresión dentro del marco psicoanalítico.” En Winnicott (1958), págs. 399-404.1.
- (1955-56): “Clinical varieties of transference.” En Winnicott (1958), págs. 295-299. [Traducción castellana: “Variedades clínicas de la transferencia.” En Winnicott (1958), págs. 399-404.].
- (1956): “Primary maternal preoccupation.” En Winnicott (1958), págs. 300-305. [Traducción castellana: “Preocupación maternal primaria.” En Winnicott (1958), págs. 405-412.1.
- (1958): *Through Pediatrics to Psycho-Analysis*. Londres: The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, 1978. [Traducción castellana: *Escritos de pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia, 1981.1.
- (1960): “Ego distortion in terms of true and false self.” En Winnicott (1965), págs. 140-152. [Traducción castellana: “Diferenciación del ego en términos de un ser verdadero y falso.” En Winnicott (1965), págs. 169-184.1.
- (1965): *The Maturation Processes and the Facilitating Environment*. Londres: The Hogarth Press and the Institute of Psycho-Analysis, 1979. [Traducción castellana: *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia, 1981.1.
- (1971): *Playing and Reality*. Harmondsworth: Penguin. [Traducción castellana: *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa, 1982.].
- (1987): *El gesto espontáneo. Cartas escogidas* (F. R. Rodman, compilador). Buenos Aires: Paidós, 1990.